

El pueblo astillado. Notas sobre las “narrativas trágicas” de los populismos contemporáneos

Artículo recibido: 15 de abril de 2024

Artículo aceptado: 15 de mayo de 2024

Publicado: 30 de noviembre de 2024

Nahuel Rosas

*Escuela Interdisciplinaria de Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín /
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.*

nahuelrosas95@gmail.com

Resumen

Sobre las diferentes interpretaciones de los “populismos clásicos”, Sebastián Giménez expresaba un análogo esquema de razonamiento que lo denominaba como *trágico*: se describía la irrupción de un “pueblo” en busca participación; se manifestaba una instancia ilusoria en el que parecía alcanzarse la venturosa emancipación y; cerrando el ciclo, se presentaba un emergente político de este proceso que hacía retornar a una nueva forma de dominación social. En el presente trabajo recuperaremos esa narrativa trágica para demostrar que aquella se replica asiduamente también en variados análisis de los denominados “populismos contemporáneos”. Para tal fin, exploraremos las reflexiones de dos relevantes pensadoras como son Maristella Svampa para el caso de los “populismos plebeyos” y Chantal Mouffe para los “populismos de derecha”. Si bien ambas autoras difieren en el juicio ideológico acerca del populismo, veremos que la reconstrucción de estas experiencias esgrime una lógica narrativa común que parte de la movilización popular en el que pareció alcanzarse la igualdad política hasta un momento de desactivación y vuelta regresiva hacia una dominación por parte del líder populista. En las conclusiones, indagaremos si este esquema trágico no termina

obedeciendo a una concepción de lo político como el reflejo de un interés preconstituido en lo social.

Palabras clave: narrativa trágica, populismo, líder, pueblo, identidades políticas

Abstract

The splintered town. Notes on the “tragic narratives” of contemporary populisms

On the different interpretations of “classical populisms”, Sebastián Giménez expressed a similar scheme of reasoning that he called tragic: the irruption of a “people” in search of participation was describe; an illusory instance was manifested in which fortunate emancipation seemed to be achieved; and, closing the cycle, a political emergent of this process was presented that returned to a new form of social domination. In the present work we will recover this tragic narrative to demonstrate that it is also regularly replicated in various analyzes of the so-called “contemporary populisms.” To this end, we will explore the reflections of two relevant thinkers such as Maristella Svampa for the case of “plebeian populisms” and Chantal Mouffe for “right-wing populisms.” Although both authors differ in their ideological judgment about populism, we will see that the reconstruction of these experiences uses a common narrative logic that starts from popular mobilization in which political equality seemed to be achieved until a moment of deactivation and regressive return towards domination. by the populist leader. In the conclusions, we will investigate whether this tragic scheme does not end up obeying a conception of the political as the reflection of a preconstituted interest in the social.

Keywords: tragic narrative, populism, leader, people, political identities

INTRODUCCIÓN

En el año 2023, el investigador Sebastián Giménez publicaba dentro del primer volumen de la revista *Resistencias* un artículo de reflexión analítica sobre diferentes interpretaciones de los populismos “clásicos” argentinos. Allí, en efecto, exploraba el modo en que reconocidos intelectuales de la talla de Juan Carlos Torre, Emilio de Ípola y Tulio Halperín Donghi comprendían y conceptualizaban la experiencia peronista e yrigoyenista. Más allá de las particularidades distintivas de estas miradas, vislumbraba Giménez un “patrón de razonamiento análogo”:

[...] en todas ellas actúa un patrón de razonamiento análogo, al que caracterizamos como *trágico*, en tanto expone un conflicto entre acción, intenciones y resultado de la acción. Cuando estos autores reconstruyen las experiencias populistas trazan un arco narrativo a resultas del cual habría primero una instancia de movilización popular motivada por la voluntad de participación, seguida de un momento en que esa emancipación parece alcanzarse, y un final en el que el proceso se resuelve en la instauración de una nueva dominación, más gravosa que la vigente en el pasado (Giménez, 2023: 5).

Destacó, entonces, una narrativa *trágica* que edificarían esos análisis del populismo,¹ el cual se delimitaba por tres instancias: la irrupción de un “pueblo” que busca participación, un espejismo de emancipación posible, y, por último, un emergente político que retorna a una nueva dominación social con mayor intensidad que la anterior. Las autoridades ungidas de una ruptura radical, como Perón e Yrigoyen, expresarían ese proceso de dilución del componente igualitario que les dio origen en pos de una renovada condición de desigualdad política. Pues bien, esa narrativa, como decíamos, era distinguida y ampliamente descrita por Giménez en las interpretaciones sobre los populismos “clásicos” de la primera mitad del siglo XX. El punto que quisiéramos problematizar aquí es si ese “patrón de razonamiento” no continúa permeando los análisis de los populismos contemporáneos. Esto es, ¿la narrativa *trágica*

¹ Giménez describe los fundamentos del argumento narrativo *trágico* recuperando centralmente la reflexión sobre el peronismo formulada por Gino Germani en *Política y sociedad en una época de transición* (1965). Volveremos sobre algunos de estos elementos más adelante, pero quisiéramos remarcar aquí que para Giménez subyacen en aquellos estudios los mismos sentidos de participación no genuina que movilizaba la noción del *Ersatz* de participación del sociólogo italiano. Efectivamente, la narrativa trágica refiere a ese proceso de “experiencia de liberación” finalmente disuelta por vía autoritaria.

se ajustaría sólo a un determinado tiempo histórico (con fecha de inicio y final, de una etapa de desarrollo económico o de un tipo de sociedad) o, más bien, resulta movilizadora en diversas coyunturas sociopolíticas donde se identifique una desactivación de la irrupción popular “desde arriba”?

Guiados por el planteo que nos ofrece Giménez, pretendemos demostrar en el presente trabajo que aquella lógica *trágica* se replica de igual manera en variados análisis de los populismos contemporáneos. Para demostrar ello, nos valdremos de las reflexiones llevadas a cabo por dos relevantes pensadoras como son Maristella Svampa para el caso de los “populismos plebeyos” y Chantal Mouffe para los “populismos de derecha”. Si bien ambas autoras difieren en el juicio ideológico acerca del populismo, tanto la postura “peyorativista” de Svampa como la “reivindicativa” de Mouffe² esgrimen en estos subtipos un proceso que parte de la movilización popular en el que pareció alcanzarse la igualdad política hasta un momento de desactivación y vuelta regresiva hacia la dominación por parte de un líder populista (plebeyo o de derecha).

De este modo, los dos primeros párrafos del trabajo estarán dedicados a presentar y analizar el argumento de cada autora. En el tercero, introduciremos las herramientas de la sociología de las identidades políticas para interrogar y discutir algunos supuestos que constituyen al razonamiento trágico. Finalmente, será el lugar de las conclusiones donde recuperaremos los principales puntos desarrollados.

La cosa tomada: Svampa y el “populismo plebeyo”

Iniciaremos nuestra reflexión acerca de los “populismo del siglo XXI” en Maristella Svampa con especial atención en el capítulo 4 de su libro *Debates Latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo* (2016). Una distinción analítica que nos ofrece nuestra autora se vuelve, creemos, fundamental para ayudarnos a comprender su concepción del populismo. Luego de visitar las

² Tomamos aquí la identificación realizada por Acosta Olaya (2023) entre las posturas “peyorativistas” y “reivindicativas” de los populismos. Nuestro interés pasa por explorar cómo en esos marcos normativos se presentan ciertos supuestos comunes sobre los que se erigen posicionamientos tan disímiles.

perspectivas teóricas que expresarían la polemicidad y ambigüedad del término³, identificó que los gobiernos latinoamericanos de principios de siglo⁴ tuvieron muy poca relación con los anteriores *populismos de baja intensidad* de los años 90. Aquellos “neopopulismos” habrían presentado sólo rasgos populistas en cuanto al estilo político y el tipo del liderazgo, estando desligados de un claro programa económico comandado por el Estado. En contraste, las últimas experiencias habilitarían, para la pensadora argentina, una gran afinidad con los populismos “clásicos” de los años 40 y 50 debido a su carácter de *populismos de alta intensidad*, sustentada en “la reivindicación del Estado —como constructor de la nación, luego del pasaje del neoliberalismo—; del ejercicio de la política como permanente contradicción entre dos polos antagónicos (el nuevo bloque popular versus sectores de la oligarquía regional o medios de comunicación dominantes) y, por último, de la centralidad de la figura del líder o lideresa” (2019: 450).

Así, nos planteaba Svampa una descripción del populismo referido a tres componentes cruciales: la preponderancia del Estado; una visión maniquea de la política; un líder que encarna la lucha popular contra el poder vigente. Ellos se articularon, afirmaríamos, como un fenómeno de índole contradictorio al tratarse de un Estado que, al mismo tiempo que habilitaba la irrupción y el poder popular, los cerraba y desactivaba “desde arriba”. De ese modo, interpelaba las demandas de liberación contra la opresión, pero, al procesarlas, jerarquizó ciertos antagonismos por sobre otros evitando el total cambio de la distribución del poder social. Por ello sostuvo que la contracara de la democratización del populismo fue “el ocultamiento u obturación de otros conflictos, los cuales tienden a ser denegados o minimizados en su relevancia y/o

³ Svampa rechaza, en primer lugar, las lecturas puramente “negativas” y “positivas” del populismo en lo que respecta a su supuesta “apropiación” de lo popular. En las primeras, por destacar el carácter heterónomo y antiliberal del populismo estarían perdiendo la diversidad de formas que puede asumir una democracia; mientras que, en las segundas, por entender al populismo como la única vía política de democratización desaparecería la especificidad de toda articulación popular, así como la posibilidad de pensar en momentos de conciliación comunitaria. Es por ello que Svampa se acerca a una “tercera línea” crítico-comprensiva del populismo donde se pretende subrayar una naturaleza “bicéfala” en cuanto a sus ambivalentes tendencias democráticas-no democráticas, rupturista-integracionista, liberacionista-unanimista, etc.

⁴ Se refiere centralmente a los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela (1999-2013), Néstor y Cristina Fernández de Kirchner en la Argentina (2003-2007, y 2007-2015, respectivamente), Rafael Correa en Ecuador (2007-) y Evo Morales en Bolivia (2006-).

validez, en fin, en gran medida, expulsados de la agenda política” (Svampa, 2019: 452). En definitiva, concibe al proceso populista como la desviación por parte del Estado de múltiples demandas sociales hacia *un* polo antagónico, unificando lo heterogéneo y suprimiendo la representación de las minorías ante el único interés del “pueblo”. Institucionalizar las demandas devendría, así, en una “apropiación” y una consecuente desactivación de la “genuina” (polimorfa) participación popular.

Estas consideraciones abren un importante punto de su argumento. Pues, si bien esa matriz atravesaría por igual a los denominados “populismos realmente existentes” del siglo XXI⁵, Svampa resaltó inevitables especificidades históricas y socio-políticas que complejizaba el análisis de cada país. Por eso planteó la existencia de dos tipos de populismos latinoamericanos, a saber, los *populismos plebeyos* y los *populismos de clases medias*. Los primeros corresponderían a las experiencias de Evo Morales en Bolivia y Hugo Chávez en Venezuela, cuyo modelo de gobierno habrían buscado una redistribución del poder social hacia los sectores populares. Con respecto a los segundos, se refirió a los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner en Argentina y Rafael Correa en Ecuador, supuestos empoderadores de los sectores medios.

Vale aclarar aquí que, si bien los *populismos de clases medias* presentan rasgos afines con la narrativa *trágica*⁶, nuestra reflexión se detendrá específicamente en los

⁵ Con esta noción Svampa se presentaba claramente como continuista del razonamiento de De Ípola y Portantiero en *Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes* (1989). Recordemos que aquellos autores pensaban al populismo como una voluntad colectiva en el que su tendencia a la ruptura —el principio nacional-popular— era inherentemente absorbido por su tendencia a la integración comunitaria —principio nacional-estatal—. De ese modo, los antagonismos populares contra la opresión, características de toda voluntad colectiva nacional-popular, se desviaban perversamente hacia una recomposición del principio nacional-estatal que organiza desde arriba a la comunidad, enalteciendo la semejanza sobre la diferencia y la unanimidad sobre el disenso.

⁶ Hablamos, sobre todo, del modo en que se presenta el proceso populista ecuatoriano. Svampa concibe los inicios de la *Revolución Ciudadana* comandada por Rafael Correa como un ensayo de apertura popular en el que se movilizaron y convergieron “diferentes movimientos sociales, indígenas, rurales y urbanos, junto con sectores e intelectuales de izquierda y ecologistas, la cual se definió claramente por un Estado plurinacional y una democracia participativa” (Svampa, 2019: 470). La ruptura populista se demarcaría en esa configuración del Estado plurinacional que modifica los lugares de los sectores antes excluidos. Pero a ese quiebre de las ataduras con el orden anterior le sigue una nueva subordinación referida a la autoridad presidencial. Lo trágico de esta secuencia se grafica en la pérdida de autonomía de las organizaciones sociales frente a la estrategia “descorporativa” un modelo “meritocrático” temeroso de los líderes

pormenores de los *populismos plebeyos*. Consideramos que estos expresan de manera más nítida la secuencia de oclusión de la igualdad política popular en manos de una autoridad que reinstaura una nueva forma de dominación. Comencemos, así, por analizar los elementos que operarían en los *populismos plebeyos*.

Destacaba Svampa que lo “plebeyo” suele generar el rechazo de las “clases dominantes” y “medias” por estar asociado a lo “marginal”, lo “excluido”, lo “mestizo”, lo “étnico” y lo “obrerista”. No escondía Svampa su consideración eminentemente positiva acerca de estos movimientos y organizaciones sociales *subalternas*, destacándoles una narrativa popular y emancipatoria contra toda forma de dominación. El problema del populismo, en efecto, acaece cuando los puntos de movilización popular son procesados por el Estado, lo cual pondría en cuestión el rasgo autónomo que caracterizaría a lo plebeyo. Todos estos componentes, como veremos, estarán notablemente plasmados para Svampa sobre el populismo boliviano.

Efectivamente, caracterizó la experiencia del Movimiento al Socialismo de Morales (MAS) como “uno de los más ricos y apasionantes en el escenario latinoamericano actual” (Svampa, 2019: 460). ¿Qué aspectos llamaban la atención de nuestra autora? Pues, una singularidad desglosada en “tres elementos”:

[...] en primer lugar, es un proceso de cambio que nació de las entrañas de los movimientos sociales. Ciertamente, en un contexto marcado por la crisis de los viejos partidos políticos, las organizaciones y los movimientos sociales desarrollaron una importante capacidad de movilización y autorrepresentación político-social. [...]

En segundo lugar, este proceso de cambio llevó a la presidencia, por primera vez en Bolivia, a un sindicalista proveniente del movimiento campesino. [...] A su pertenencia a los sectores sindicales, Evo Morales sumaba su origen indígena. En ese sentido, en un país donde los pueblos y las naciones indígenas constituyen una parte importante, sino mayoritaria, de una población marginada e históricamente excluida, el ascenso de Evo Morales implicó una revolución desde el punto de vista político y simbólico. [...]

sociales. Marcará la autora, así, una profundización del “hiperpresidencialismo y [del] modelo meritocrático [que] cobrarían mayor autonomía, en la medida en que se irían reduciendo los espacios de participación independientes de las organizaciones sociales y, en general, de la ciudadanía, bajo el esquema de la participación controlada, tutelado desde el Estado” (Svampa, 2019: 473). Como vemos, se pasaría de un ciclo de igualación y participación popular a otro esquema de desigualación cuando el Estado devenga en el “tutor” del proceso.

En tercer lugar, el proceso de construcción político-estatal implicó superar numerosos desafíos. [...] Sin duda, la confrontación entre, por un lado, el nuevo bloque en el poder, liderado por el Movimiento al Socialismo, y acompañado por un conjunto de organizaciones sociales, algunos partidos de izquierda y referentes independientes, y por otro lado, las oligarquías regionales de la región de la medialuna (Santa Cruz, Tarija, Beni y Pando), marcó el primer mandato de Evo Morales, hasta crear una aparente situación de “empate catastrófico”, la cual sería finalmente saldada en favor del gobierno, hacia 2009 (Svampa, 2019: 460-461).

Este fragmento ilustra notoriamente los supuestos teóricos movilizados por Svampa sobre lo plebeyo. Sin más, la exaltación de la experiencia boliviana se correspondía a un primer momento de amplia integración y participación política de sectores históricamente excluidos de la sociedad. Las organizaciones de campesinos e indígenas habrían disputado y logrado ocupar nuevas posiciones sociales. Asimismo, y de lo cual radica su gran diferencial, quien lideró ese proceso de emancipación provendría de la misma extracción popular que el movimiento emergente. Esa continuidad o desprendimiento natural entre los sectores movilizados y el líder político fue visto por Svampa como el rasgo sobresaliente y virtuoso de la experiencia del MAS. Se trató, por ende, de un proceso al fin y al cabo autónomo al momento de suscitar un “cambio que nació de las entrañas de los movimientos sociales”.

Pero sobre ese plebeyismo se abrió luego el componente populista. La autora fechó el año 2011 con el conflicto del TIPNIS y la aparición de ciertas problemáticas económicas y políticas como el inicio de una desviación vía estatal de las demandas populares. El relego de la voz de las poblaciones originarias en los asuntos de gobierno demarcaba un viraje de la narrativa “indigenista” hacia la primacía narrativa “estatista”, sobreviniendo en el abandono de “la plurinacionalidad y del avance de las autonomías indígenas, y [...] configurando un modelo de dominación más clásico, tanto en términos de modelos de desarrollo como de matriz estadocéntrica” (Svampa, 2019: 462-463). De esa manera, nuestra autora enlazaba lo populista al Estado encarnado al líder y, de allí, a la hegemonía entendida como dominación. Por consiguiente, si hay Estado, hay inevitablemente un orden hegemónico que coopta el componente plebeyo (emancipatorio, disruptivo, anitelitista, etc.) en una clave tutelar del desenvolvimiento de lo social. La figura de Morales, así, ya no expresaba la autonomía sino el nuevo

patrón de dominación. Asistiríamos con el caso boliviano, entonces, a un reposicionamiento *trágico* del lugar del líder, deviniendo de las “entrañas” de lo subalterno hacia una autoridad verticalista cuya acción fue la desactivación de la irrupción popular ante las adversidades.

Un panorama similar encontramos en el populismo plebeyo venezolano. Svampa tuvo más reparos cuando se acercó a la experiencia de Hugo Chávez, otorgándole más rasgos “controversiales y polémicos”. De igual modo, enmarcó su análisis desde una comparación con el primer peronismo (1946-1955) en cuanto al profundo proceso de integración social y empoderamiento de sectores populares tradicionalmente marginales y excluidos. Prestemos atención a lo expuesto por la autora al respecto:

Tal como sucedió en la Argentina, bajo el primer gobierno peronista (1946-1955), el chavismo habilitó el ingreso de aquellos sectores sociales tradicionalmente excluidos, logrando, por una vía tensa y contradictoria, un proceso real y efectivo de empoderamiento de los sectores populares. Expresión de ello fueron, en una primera fase, las misiones que apuntaron a reducir la pobreza, a la universalización en el acceso a la educación (Misión Robinson), al acceso a la salud (Misión Barrios Adentro), a la disminución de la tasa de mortalidad infantil, a la construcción de viviendas populares, a la entrega de tierras, entre otros. [...]

Sin embargo, como ha sido señalado por varios autores, el elemento más radical del populismo chavista es la centralidad que adquirió la democracia participativa: esta se convirtió en el paradigma por excelencia de la transformación de la política y, a la vez, en la clave del dispositivo legitimador. [...] Hacia 2009, Chávez anunció la profundización del proceso, y un año después, en 2010, se sancionó la Ley Orgánica del Poder Popular y la ley de Comunas, como normativas que apuntaban a la creación de un Estado comunal. Las áreas de trabajo de los consejos comunales son la economía popular, el desarrollo social integral, la vivienda, la infraestructura y el hábitat, la educación y los deportes, la cultura, la comunicación, la información y formación (medios alternativos comunitarios y otros), la seguridad y la defensa (unidad de defensa) (Svampa, 2019: 464).

Como vemos, si bien menos virtuoso que el caso boliviano, el populismo chavista habría tenido un primer proceso de integración y participación popular de sectores urbanos, rurales e indígenas. La promoción de la movilización en clave igualitarista por parte del gobierno se cristalizó, para la autora, en un paradigma de “democracia participativa” extendido a la concreción de un Estado comunal. Lo

subalterno, entonces, se reorganizó, se desvinculó de su antiguo lugar de exclusión y se reposicionó como parte privilegiada del todo comunitario. Empero, no tardaría el componente populista en desvanecer este empoderamiento plebeyo para reconducirlos hacia una nueva hegemonía.

Svampa retomaría el argumento de Edgardo Lander respecto a la subordinación de lo popular desde el Estado que se atisba con la declaración socialista (2005-2006), pero que, para ella, se profundizó posteriormente con la muerte de Chávez en 2013. Lo que progresivamente aconteció, al compás de diversos problemas políticos y económicos, es un proceso de creciente control y dirección “vertical” de la apertura política por parte las instituciones chavistas. El elemento participativo resultaría desvirtuado al momento de su institucionalización, vislumbrando por ese camino un “agravamiento de las tendencias autoritarias del régimen en un marco de profundización de la polarización sociopolítica” (Svampa, 2019: 465). De esa manera, el chavismo habría quebrado el tradicional esquema de subordinación (excluyente) para instaurar uno nuevo con “cada vez mayor cierre represivo frente a las disidencias políticas” (Svampa, 2019: 465).

Pues bien, si aunamos lo expuesto en el caso boliviano y venezolano, advertimos notoriamente una lógica *trágica* que relució, en su primera secuencia, con la integración de una multiplicidad de sectores subordinados y marginados carentes de plenos derechos políticos. El protagonista del proceso, al parecer, era el componente plebeyo que abrió sus caminos mediante una irrupción popular de carácter igualitarista. El fenómeno boliviano encontraba en los campesinos e indígenas como la supuesta parte que se empoderaba contra la opresión, mientras que en el chavismo le correspondería a los marginados de las zonas urbanas, rurales e indígenas. Este momento vislumbraba un sentimiento de emancipación de aquellos que allí alcanzaron a representarse como miembros legítimos de la comunidad. Sin embargo, fue por su forma de igualación, por la manera en que resultaban integrados, que se asistió a su posterior sometimiento. Sólo en apariencia estos sectores se estaban conduciendo por vía autónoma, cuando en lo factual la sobredeterminación estatal les impedía su completa autorrepresentación. La tragedia, así, consistió en su imposibilidad de correrse de una posición de

subordinación. Si la demanda de autonomía era referida al viejo orden, quien la procesó (el líder) los sometió a uno nuevo. Ello es lo que habría ocurrido con el MAS al momento en el que el TIPNIS empezó a virar la narrativa indígena a la estatal; y es también lo que aconteció con el chavismo con la declamación socialista y los sucesos ulteriores a la muerte del líder.

En definitiva, para Svampa, creemos, nunca podría haber una *verdadera* participación popular cuando se denota al Estado como aquel que participa activamente en el proceso de recuperación y procesamiento de las demandas sociales. Pese a los momentos de convergencia y articulación, se trataría de un “pueblo” no puro, constitutivamente heterónimo y, por tanto, sujeto a recaer en una nueva y más fuerte dominación. Los marginados y excluidos de antaño ahora dependerían, para su posibilidad de participación, de un Estado que empodera y activa para al mismo tiempo desactivar su autonomía.

Habiendo visto lógica *trágica* presente en una mirada peyorativa del populismo, dedicaremos el siguiente apartado a recuperar una reflexión contraria del mismo fenómeno desde la pluma de Chantal Mouffe. El interrogante que intentaremos abordar es: ¿resultará posible encontrarnos con el mismo patrón *trágico* en una postura reivindicativa del populismo? Hacia allí nos dirigiremos a continuación.

Ilusiones populistas: Chantal Mouffe y los “populismos de derecha”

Desde sus escritos junto a Ernesto Laclau, la intelectual belga Chantal Mouffe ha orientado su trayectoria académica hacia una profundización conceptual de la propuesta de “radicalización de la democracia”, delimitando en ello un ideal de emancipación y construcción de un “pueblo” antagónico al orden vigente.⁷ Progresivamente, encontraría al “populismo de izquierda” como fenómeno político privilegiado que encarnaba ese pretendido ideal. Así, confeccionó diversos trabajos para delimitar los elementos propios de ese populismo y vislumbrar las condiciones propicias para su emergencia en

⁷ Esta noción aparece en el capítulo 4 de *Hegemonía y estrategia socialista* (Laclau y Mouffe, [1985] 2010) como derivado político “de izquierda” de su previa construcción teórica postmarxista. A grandes rasgos, los autores propugnaron allí una profundización de los principios ético-políticos del régimen democrático-liberal, como son la libertad y la igualdad, a través de una pluralidad de puntos de ruptura contra la institucionalidad vigente.

las sociedades actuales (Mouffe, 2018; Errejón y Mouffe, 2015). Ahora bien, resulta curioso que, siendo una de las mayores exponentes de los actuales estudios vindicatorios del populismo, Mouffe también se detuvo minuciosamente en resaltar una variante “riesgosa” de esa experiencia que se extendería, sobre todo, en las democracias europeas. Nos referimos a los “populismos de derecha”, objeto de análisis de este apartado y en el cual, como intentaremos demostrar, se reluce una clara narrativa *trágica*.

Indaguemos, para tal fin, en su obra *En torno a lo político*, escrito por Mouffe en el año 2007 para entablar distintas discusiones acerca de la naturaleza de lo político. La gran polémica del texto se suscitaba contra el pensamiento “pospolítico” propio de la corriente racional-liberal, preponderante en occidente, el cual intentaba negar lo político de todo tipo de antagonismo social desde una clave individualista y consensualista. Se estaría desechando, así, cualquier atisbo de lazo colectivo entre un “nosotros” y un “ellos” bajo el supuesto de que el desarrollo y el progreso son alcanzados mediante un esquema deliberativo y centrista, teniendo la oportunidad de procesar las divergencias mediante la labor de las instituciones existentes.

Para Mouffe, en cambio, lo político es ontológicamente conflictivo, tornándose todo orden en una decisión que siempre acarrea la exclusión de una otredad. Por ello, nuestra autora recuperó las críticas al liberalismo de Schmitt, dando cuenta de lo político como una inherente lucha entre identidades colectivas.⁸ No obstante, Mouffe se apartó oportunamente de las derivas antipluralistas del constitucionalista alemán, destacando que “la especificidad de la política democrática no es la superación de la oposición nosotros/ellos, sino el modo diferente en el que ella se establece. Lo que requiere la democracia es trazar la distinción nosotros/ellos de modo que sea compatible con el reconocimiento del pluralismo, que es constitutivo de la democracia moderna”

⁸ Recordemos que Schmitt argumentó que el liberalismo negaba la esencia conflictiva de lo político, en tanto demarcación entre amigo/enemigo, desde el momento en que pensaba en competidores económicos o adversarios ideológicos. Para Schmitt, la política no se trataba de individuos que buscan maximizar sus recursos, sino que era un asunto de identidades grupales que se organizan en una comunidad al plantearse la enemistad con un otro exterior. Por tanto, la idea del individuo abstracto y la racionalidad burocrática eran demarcadas por el jurista alemán como los culpables de la despolitización de los estados occidentales.

(2021[2007]: 21). Llegaba Mouffe, de esta manera, a proponer un enfoque alternativo a la gestión de la otredad denominado “adversarial” o “agonista”. El “ellos” no sería un competidor ni un enemigo a ser eliminado, sino que era un adversario legítimo los cuales “aunque en conflicto, se perciben a sí mismos como pertenecientes a la misma asociación política, compartiendo un espacio simbólico común dentro del cual tiene lugar el conflicto” (Mouffe, 2021[2007]: 27). Así, lo político seguía conllevando su dimensión conflictiva, aunque “domesticada” por ciertos procedimientos democráticos aceptables entre los proyectos hegemónicos.

La negación de la dimensión conflictiva de la política se transformó, entonces, en aquello que para Mouffe habilitaba la proliferación de los “populismos de derecha” europeos.⁹ Esto es, como las diferencias entre los partidos políticos tendrían a diluirse por su tendencia al centrismo y a la hegemonía del discurso neoliberal y globalista, se abrió un camino alternativo para que los “demagogos de derecha” interpelen las demandas ciudadanas. Prestemos atención a la manera en que se iba edificando en Mouffe una narrativa *trágica* de esas experiencias populistas:

[...] como consecuencia del desdibujamiento de las fronteras entre la izquierda y la derecha y la ausencia de un debate agonista entre partidos democráticos, es decir, de una confrontación entre proyectos políticos distintos, los votantes no tenían la posibilidad de identificarse con una gama diferenciada de identidades políticas democráticas. Esto creó un vacío que era probable que fuera llenado por otras formas de identificación que podrían volverse problemáticas para el funcionamiento del sistema democrático. [A] pesar de la anunciada desaparición de las identidades colectivas y la victoria del individualismo, la dimensión colectiva no podía ser eliminada de la política. Si no eran ofrecidas por los partidos tradicionales, las identidades colectivas probablemente serían proporcionadas en otras formas. Es claramente lo que está ocurriendo con el discurso de derecha, que reemplaza la debilitada oposición izquierda/derecha por un nuevo tipo de nosotros/ellos construido en torno a una oposición entre “el pueblo” y “el establishment” (Mouffe, 2021 [2007]: 76).

Hay varios puntos interesantes en este fragmento. En primer lugar, la noción de identificación que propuso la autora da cuenta de que su propio diagnóstico permanecía

⁹ Los ejemplos que pondría la autora hacia el año 2007 pertenecen al Partido de la Libertad de Austria, el Vlaams Blok de Bélgica y el Frente Nacional de Francia.

encorsetado en el mismo discurso liberal que denunciaba. Es decir, lo político resulta expresado allí como un vínculo racional entre partes —votantes y partidos—, que cuentan con intereses predeterminados y que intentan satisfacerlos en los términos de oferta y demanda. Aquí el problema es de la oferta, tratándose de una carencia entre alternativas presentadas a la sociedad o, en este caso, “identidades colectivas”. Allí se destaca la interpretación de un “vacío” de la política moderna, suponiendo, claro está, que habría posiciones preestablecidas que los partidos debieran ocupar. Como hay una indistinción de propuestas, se asiste a una ciudadanía disconforme y predispuesta a su articulación con alineaciones políticas que se presenten como alternativas.

Entonces, producto de la imposibilidad de procesamiento de las demandas por parte del sistema político es que devino un momento propicio para la irrupción de los “populismos de derecha”. Ellos comprenderían el carácter conflictivo y agregativo de la política, configurando una forma colectiva de identificación y participación pública en términos de un “pueblo” que se opone a un “*establishment*”, suscritos allí los partidos tradicionales. Esta articulación nos remite a la primera instancia del arco narrativo *trágico* relativo a la movilización de la ciudadanía por parte de líderes que proclaman “devolver a la gente el poder de decisión” (Mouffe, [2007] 2021: 77). Continuemos examinando el argumento de la escritora belga:

Es tiempo de tomar conciencia de que el éxito de los partidos populistas de derecha se debe en gran medida al hecho de que articulan, aunque de modo muy problemático, demandas democráticas reales que no son tomadas en cuenta por los partidos tradicionales. También brindan a la gente cierta forma de esperanza, según la creencia de que las cosas podrían ser diferentes (Mouffe, [2007] 2021: 78).

Lo propio de los “populismos de derecha” consistiría, por ende, en habilitar la participación popular y brindar a “la gente cierta forma de esperanza” cuando se interrumpe la hegemonía del discurso liberal y globalista. Las identidades colectivas ahora reconocerían sus demandas interpeladas identificándose como un “nosotros” que resurge del “consenso asfixiante” de los partidos políticos. De allí que los populistas puedan colmar aquél “vacío” de representación y reconducir a la ciudadanía a un nuevo ordenamiento. Pero, entonces, ¿cuál es el tinte de ese nuevo “pueblo” constituido? Exponía Mouffe:

Por supuesto que se trata de una esperanza ilusoria, fundada en falsas premisas y en mecanismos de exclusión inaceptables, donde la xenofobia generalmente juega un rol central. Pero cuando son los únicos canales para la expresión de las pasiones políticas, su pretensión de representar una alternativa resulta muy seductora. Debido a esto sostengo que el triunfo de los partidos populistas de derecha es consecuencia de la falta de un debate democrático vibrante en nuestras posdemocracias (Mouffe, [2007] 2021: 78).

Se denota aquí el quiebre del proceso de igualación hacia una nueva e ignominia forma de dominación. Si el “demagogo de derecha” constituía un “pueblo” para liberar a la ciudadanía del corset liberal, ello sólo tuvo lugar como apariencia. La activación popular resultaba, así, en una “esperanza ilusoria” que no profundizaría ningún componente emancipatorio ni igualador. El populismo entendería correctamente de qué se trata la política, y por eso logró interpelar demandas, pero lo hizo con “falsas premisas” y con “mecanismos de exclusión inaceptables”. En lugar de reconocer la legitimidad de sus oponentes, operó sobre las “pasiones políticas” desde el componente de la “xenofobia”; por ende, recrudesció el camino antagonista transitado por Schmitt antes que tomar la vía agonista propicia para un régimen democrático.

Ahora bien, este afincamiento sobre lo “ilusorio” vislumbra, para nosotros, que lejos de superarse, la figura de Gino Germani (1956) y su noción de *Erzats de participación* continuó sobredeterminando con gran intensidad una profunda reflexión teórica como la de Mouffe. De manera sumamente llamativa, ambos argumentos manifestaban un mismo diagnóstico acerca de los problemas de la integración política: la carencia de las instituciones vigentes para procesar las demandas sociales. Para el sociólogo italiano, ello era causado por una asincronía en el proceso de modernización social, mientras que, como describimos, para la intelectual belga, se debía al centrismo y a la pérdida de distinción de los partidos tradicionales. Asimismo, si bien el emergente de esa obturación adquirió distinto nombre en los planteos, realizaron ellos el mismo tipo de operación disuasiva y gravosa sobre la genuina “esperanza de participación”. El peronismo fue anteriormente, para Germani, quien neutralizó la acción de las masas populares haciéndoles creer que eran el sujeto activo de la política. En la actualidad, según Mouffe, serían los “populismos de derecha” quienes, a costas de “falsas

premisas”, estarían forjando identidades colectivas sobre la base de la “xenofobia” y la “exclusión”.

La narrativa *trágica* advertida en Mouffe se constituyó, consecuentemente, por una pseudosolución al problema de la participación popular. No sería ese “pueblo” (“xenófobo”) el que se debiera haber configurado, así como tampoco era el peronismo el proyecto político que debía cohesionar y dotar de identidad a los “nuevos obreros” argentinos. La apuesta socialista de antaño para consolidar la democracia se transmutó en el presente con un pedido de agonismo¹⁰ sin los cuales, en teoría, las democracias no podrían desprenderse de sus propios riesgos.

CONCLUSIONES

En este trabajo nos propusimos demostrar la pervivencia de un arco narrativo *trágico* en ciertas interpretaciones sobre los populismos contemporáneos. Vimos que los procesos políticos suscitados por los “populismos plebeyos” de Svampa y los “populismos de derecha” de Mouffe se afirmaron en un primer momento de supuesta apertura a la participación popular donde las ataduras con la forma de dominación previa parecieran por fin desaparecer. Para la socióloga argentina, la experiencia moralista y la chavista suscitaba un reordenamiento de los lugares sociales, convirtiendo a las comunidades históricamente excluidas en partes legítimas e integradas, con voz y decisión, de la nueva totalidad. Esa restitución del oprimido hacia un escenario de igualdad tendría en el líder al principal instrumentador. Él, el nombre de ese “ismo”, emergía junto a las movilizaciones populares para otorgarles, ahora desde el Estado, su poder de participación activa que le era hasta el momento negado. En el caso de Mouffe, el “demagogo de derecha” terminaba siendo el “canal de expresión” de demandas de la ciudadanía desatendidas por las instituciones liberales. De forma eminentemente política, ese líder constituía discursivamente un “pueblo” que otorgaba las “esperanzas” de democratización e integración.

¹⁰ Vale destacar que luego de esta obra, Mouffe abandonaría la propuesta de que el agonismo sea llevado a cabo por los partidos socialdemócratas, sino que esa articulación democrática e igualitaria de las demandas debían ser conducidas por un “populismo de izquierda”. Sería desde allí que Mouffe fuera considerada un exponente de los estudios “vindicativos” de los populismos, proclamando que estas alineaciones deberían encargarse de construir un “pueblo” por fuera de la impronta xenófoba y excluyente de los “populismos de derecha”.

Pero lo trágico no tardaría en aparecer por los elementos intrínsecos de esos procesos. Al tratarse de liderazgos que ocupaban un lugar en el Estado, Svampa notaba una progresiva difuminación de lo plebeyo y una cooptación de la activación popular desde un discurso estatalista. Por otro lado, como el populismo era “de derecha”, Mouffe advertía la manifestación del antagonismo en malos términos, es decir, acarreado por un componente “xenófobo” que impedía la convivencia democrática y la posibilidad de la pluralidad. De esa manera, la igualdad que proclamaban estas experiencias sería dejada atrás al erigirse una nueva verticalidad que reinstauraba un escenario de desigualdad más fuerte que el anterior.

Ahora bien, nos impele en este punto preguntarnos ¿por qué este arco narrativo trágico se replica de manera tan directa en sociedades y contextos tan disímiles? Para nosotros, ello obedece a la presencia de ciertos supuestos teóricos que se movilizan de manera acrítica en la interpretación de los fenómenos políticos. Estas lecturas, creemos, nunca ponen en cuestión aquellos elementos que vertebran los análisis, otorgándoles un carácter axiomático sobre el cual se erige un valor negativo (trágico) a una delimitada experiencia.

Nos interesa destacar aquí quizás el supuesto más extendido en estas reflexiones académicas de los procesos políticos relativo a la política como segunda instancia de lo social, actuando aquella, por ende, sobre una objetividad previa. Es decir, habría en lo social un interés “popular” o una “demanda” ya constituidos, delimitados y que preexisten a la representación política. En el análisis de Svampa, la autonomía y existencia de un sujeto popular permanecían descontadas en todo el argumento, confiriéndole a lo plebeyo un carácter de pureza y virtuosidad, en donde la política debería ser capaz de habilitar su acción para llegar a la emancipación colectiva. Con respecto a Mouffe, si bien las identidades colectivas no tendrían una esencia prefijada, aparecen las “demandas” de la ciudadanía como aquello dado, presentado como el problema que enfrenta un sistema político incapaz de procesarlas exitosamente.

Al sostenerse en este supuesto, no podrían este tipo de alineaciones populistas escaparse de un arco narrativo trágico. Sea por vía estatalista o sea por el contenido

ideológico, se tratarían ellas de liderazgos que contaminan una pureza igualitaria de aquello que emerge de lo social y lo desvían hacia un proyecto de dominación desigualador y verticalista. Siguiendo este planteo, el populismo se transformaría en la experiencia privilegiada para vislumbrar el modo en que lo político, en clave eminentemente autoritaria, podría torcer o traicionar la valedera voluntad popular contenida, siempre, “desde abajo”.

En este sentido, conducirnos por una dimensión relacional y creativa del lazo de representación política, desligados de contenidos y componentes predeterminados, permitirían, quizás, alejarse de las constantes réplicas trágicas para auscultar lo específico que portan las configuraciones populistas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta Olaya, Cristian (2023). Usos, desusos, abusos. La encrucijada del populismo y su comprensión desde la teoría política. *Política y Sociedad*, 60(3) e84667. <https://doi.org/10.5209/poso.84667>
- De Ípola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos (1989). Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes. En de Ípola, Emilio, *Investigaciones políticas*. Nueva Visión.
- Germani, Gino (1977). *Política y Sociedad en una época de transición*. Paidós.
- Giménez, Sebastián. (2023). El populismo bajo la signatura de la tragedia. Reflexiones sobre autoridad e irrupción popular en las interpretaciones del peronismo y el yrigoyenismo. *Revista De Ciencias Sociales y Estudios Políticos*, 1(1), 26. https://revistas.uncaus.edu.ar/index.php/revista_ciencias_sociales/article/view/4
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. (2010), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Fondo de Cultura Económica.
- Mouffe, Chantal (2018). *Por un populismo de izquierda*. Siglo XXI.
- Mouffe, Chantal (2021). *En torno a lo político*. Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, Chantal y Errejón, Íñigo (2015). *Construir pueblo. Hegemonía, y radicalización de la democracia*. Barcelona: Icaria.

Schmitt, Carl (1991). *El concepto de lo político*. Alianza.

Svampa, Maristella (2016). *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo*. Edhesa.